

Acá y ahora: las fuerzas de continuidad.

Natalia Ortiz Maldonado (Universidad de Buenos Aires)

*Texto para la presentación de “Fuera de Era”, un jueves 3 de noviembre de 2022, en un territorio impreciso.

Wyslawa Zimborska, una poeta polaca del siglo XX, es la autora de un poema enorme, *Fin y principio*. A primera vista, pareciera ser un poema sobre la guerra, pero en realidad es otra cosa: es un poema dedicado a quienes después de cada guerra ponen las puertas en sus goznes, entierran a lxs muertxs, curan a lxs vives, amontonan los escombros, barren las calles. Esa guerra va a olvidarse y vendrá otra, dice crudamente el poema de Zymborska como lo dice también el poema de Úrsula Kroeber Le Guin: “La próxima guerra: tendrá lugar, llevará tiempo, tomará vidas y arruinará todo eso”.

Tanto la guerra como el Apocalipsis son narrativas heroicas. Son un modo de contar la historia, la política y el conocimiento en cierta matriz. Permanentemente aluden a Un enfrentamiento, Una subjetividad, Un mundo, Un enemigo, matar o morir, las armas, el territorio a dominar, la victoria... Verdad, epopeya, destino. La lengua del héroe es grandilocuente.

Guerra y Apocalipsis son modulaciones de un canon viejo y nuevo, repleto de preguntas anémicas y respuestas frívolas que, sin embargo, no deja de reformularse una y otra vez. Son necesarios, porque forman parte del antiguo ciclo del héroe: tras la batalla perdida, el Apocalipsis. La política y la epistémica heroica se estructuran alrededor de batallas ganadas y perdidas, erección y flaccidez, potencia e impotencia, revuelta y normalidad, entusiasmo y depresión. Recordemos: Los héroes nos explicaron el fin del mundo (o la revolución) cuando el virus Covid-19 comenzaba a esparcirse por el cuerpo colectivo. Ninguna de las dos cosas parece haber ocurrido, aunque eso no implique que nada ha ocurrido. Probablemente, seguir los hilos de una transformación requiera un oído diferente al heroico.

Para los héroes, los territorios, las singularidades, esta vida que discurre acá y ahora, son accidentes sin importancia, secundarios, como es secundario aquello que podríamos llamar “fuerzas de continuidad”. Todo nombrar tiene su poder y su riesgo, su precariedad y su necesidad de abandono. Pero nombrar también es un hacer materializante y lo que deseamos nombrar es precisamente *algo* que suele quedar invisibilizado. Las fuerzas de continuidad son las que recogen los trastos, garantizan la comida y el sueño, se desplazan, resisten, cuidan, se entremezclan, inseminan, plebeyas e impuras, continúan. Aparentemente son discretas, hacen su trabajo, humanas y no humanas, bióticas y abióticas. Chernobyl existe, es un bosque.

Sería apresurado (y un poco suicida) descartar las fuerzas de continuidad diciendo que “solo reproducen las condiciones materiales de existencia” como si hubiera una vida además de esta vida. Como si algo (cualquier cosa: una comunidad, una erupción, una irrupción, un océano, un ser vivo) pudiera comenzar desde cero. Como si “otra vida” pudiera producirse *ex nihilo*, sin llevar consigo algo de esta, sin que exista un devenir

material entre una y otra. En el relato del héroe siempre hay un “más allá”, un salto cualitativo hacia el Paraíso original, donde mágicamente El Mundo y nosotrxs seríamos otrxs. La trampa del héroe: ignorar esta vida y prometer “otra” hacia la cual él podría guiarnos.

Las fuerzas de continuidad están en peligro. Sí, como lo están los bosques, el aire, las aguas, los pueblos originarios y nosotrxs mismas, pero existen. Las especies migratorias están cambiando sus rutas, evitando bloques de plástico y manchas de petróleo en el océano, torres de celulares, campos fumigados, los huecos que dejan las plazas cuando desaparecen... Las especies transforman sus rutas pero, en general, no ponen en duda la existencia del camino ni de sí mismas, persisten, a veces muy dolorosamente.

La matriz heroica invisibiliza, deja fuera de lo importante y de lo pensable, todo aquello que continúa, lo que vive antes, durante y después de las batallas. La matriz del héroe niega (extermina) lo vivo que nos habita, que nos sigue habitando y lo que habita más allá de nosotrxs, inclusive, *aparentemente* indiferente a nosotrxs.

La belleza no nos salvará, se dice. Salvar, esa es una clave del problema. Esperamos que algo salve. Épica, tragedia, desplazamiento del problema a un más allá siempre misterioso (pero no para el héroe: *él sabe*). Esperamos líneas de fuga, y cuando decimos fuga pareciera que también decimos más allá. No basta con repetir hasta el cansancio palabras como estética, política, composición humano-no humano. ¿Hasta dónde tenemos que explorar nuestro estar-mal? ¿Cuántas veces más queremos decir que nos afecta la tristeza o que estamos, aún, vivas?

Pensamos ante el dolor de lxs demás, ante la devastación extractivista de recursos naturales, mentales y emocionales pero también pensamos ante quienes vendrán después de nosotrxs. Al héroe no le importa la continuidad del tiempo, porque él es la encarnación de la historia y, en este sentido, decir fin del mundo es un privilegio heroico, uno que no tenemos. Lo que tenemos es la materialidad presente.

Si los mundos nos importan, y si nuestros relatos producen lo que narran, podríamos hacer algo diferente a concentrar nuestra energía psíquica y emocional en refutar un punto, en denunciar o recorrer nuestra impotencia. Si lo que narra performa, podríamos amplificar, hacer vivir los saberes que se cayeron del nido, las prácticas que sostienen las vidas, las memorias que tenemos de la muertes. Para eso, a veces necesitamos hacer un silencio, equalizar mejor, detenernos. Ni denuncia ni repliegue individual, rastreos vitales singulares-colectivos.

Si no hay más allá ni salvación ni línea de fuga ni promesas, quizá es un buen momento para poner en práctica lo que Haraway llama la “virtud de la amabilidad”, el arte de hacer preguntas interesantes, especialmente a lo que suponemos ya conocido, acá y ahora, en nuestros territorios y nuestras temporalidades. Un trabajo energético para mantener abierta la posibilidad de lo interesante, una ética de la investigación que en lugar de refutar, denunciar o deprimirse (quizá mientras refuta, denuncia o se deprime), se interesa fervorosamente, se apasiona, por lo que nos rodea y lo persigue, como quien sigue a las hormigas, a las mariposas, a los cursos de agua, a los espines cuánticos.

Situarnos en el camino de lo que continúa, nos permite a su vez continuar. Y continuar es un tipo de afirmación que nos pone ante lo que Audre Lorde llamaba erotismo: no el placer de la conquista sino del compartir el poder con otrxs. No dominar un objeto, sino encontrarse parcialmente con algo de un mundo, expandirlo y expandirnos. Amplificar las fuerzas de continuidad, desde una ética de la amabilidad donde los mundos nos importan, y quienes nos continúan, también.

Es posible que si nos concentramos intensamente en lo que vive acá y ahora, muy lejos de encontrar un desierto, encontremos una maraña de fuerzas de continuidad, abyectas, luminosas, plebeyas, contradictorias, impuras, cuir, sí. Pero fundamentalmente: vivas y que requieren nuestra atención. Cuando no podemos verlas es porque estamos eclipsadxs de Apocalipsis, capturadxs en el dispositivo heroico.

Cuando Zymborska escucha primero y narra después las fuerzas de continuidad que atraviesan una guerra, no llama *Principio y Fin* al poema, sino la revés *Fin y principio*. Porque en realidad no hay final, sino fuerzas que persisten, acaso más débiles cada vez, rehaciendo lo que otras rompieron: juntado cadáveres, metiéndose en el barro, reconstruyendo los puentes. Zymborska no lo dice, pero es muy probable que las fuerzas del poema se encuentren dentro de quienes no ganaron batalla (y si no lo dice es porque en un punto, no importa). Qué saberes tienen esas fuerzas, qué las alimenta, cuáles son sus memorias, qué podríamos aprender de ellas, cómo hacer para escucharlas, cómo sacudirnos los muchos modos en que la heroica nos ciega, nos cansa, nos expropia.

“Mi corazón se conmueve por todo lo que no puedo salvar. Se destruyó tanto. Debo unir mi destino al de quienes, generación tras generación, contra toda lógica, sin ningún poder extraordinario, reconstituyen el mundo” Adrienne Rich.